

LA PROLIFERACIÓN DE LOS EUFEMISMOS EN LA POLÍTICA Y LA ECONOMÍA

Lo que dicen (y lo

Asistimos a un florecimiento de recursos lingüísticos que camuflan los oscuros diagnósticos de la crisis y las duras medidas del Gobierno. Entre el celo por lo políticamente correcto y el interés por despistar al personal, los eufemismos se han convertido en norma en la vida pública del país.

POR JUAN FERNÁNDEZ

Una de las herencias que nos está dejando la crisis es el rico fondo de armario de artefactos lingüísticos que inventan a diario los políticos para decir lo que quieren contar sin nombrar los tabús que temen mentar, aun a riesgo de retorcer el lenguaje hasta hacer irreconocibles los mensajes que desean transmitir. De hecho, el relato de la debacle económica es una invitación a participar en el juego de máscaras de los eufemismos sin fin.

Desde que estalló la *burbuja inmo-*

biliaria (forma aséptica de llamar a la especulación del ladrillo) por culpa de la acumulación de *activos tóxicos* (préstamos concedidos a personas que no los podían pagar) en los balances de *ingeniería financiera* (especulación de capitales) de los bancos, los indicadores económicos iniciaron una senda de *crecimiento negativo* (hundimiento), y lo que empezó como una *desaceleración* (crisis), ha acabado convertida en una profunda *recesión* (a la luz de los distintos marcadores, lo propio sería hablar de auténtica depresión).

El nuevo escenario se ha traducido en multitud de *procedimientos de*

ejecución hipotecaria (desahucios), algunos practicados sobre *soluciones habitacionales* (minipisos), así como *descensos de la población activa* (aumento del paro), cambios legislativos para *flexibilizar el mercado laboral* (despido barato), *adecuación de los costes laborales* (bajadas de sueldos), *ajustes tarifarios* (subidas de precios) y profundas *reformas* (recortes) en servicios públicos como la educación y la salud, donde se habla de introducir fórmulas de financiación como el *tíquet moderador* (copago).

Desde que hay lenguaje, existe la tentación de camuflar la realidad con las palabras. Pero este recurso,

que la literatura considera un giro estilístico y el hablante de la calle adopta como una forma menos cruda de hablar, ha devenido en la vida pública en situaciones de perversión lingüística, rozando a veces el engaño más descarado.

Si las malas noticias son terreno abonado para que florezcan los analgésicos del habla, los tiempos de vacas flacas constituyen la temporada alta de los eufemismos. A medida que la crisis se ha ido profundizando, ha crecido el ritmo de aparición de nuevos e insospechados productos de ingeniería semántica para describir con palabras blancas el ne-

gro panorama y anunciar con algodones las sangrantes medidas.

El nuevo Gobierno, distinguido por su promiscuidad reformista, ha llamado también la atención por el fervor con el que ha abrazado este truco para presentar sus medidas sin asustar al personal. Quedan para la antología del eufemismo los equilibrios del ministro de Economía, Luis de Guindos, anunciando una subida del IVA como «una **modificación de la imposición sobre el consumo**», y del titular de Hacienda, Cristóbal Montoro, quien maquilló la amnistía fiscal hasta convertirla en «**medidas para incentivar la tributación de rentas no declaradas**».

Esta semana, al calor de la intervención de Bankia y la reforma del sector financiero, hemos oído hablar mucho de *bancos malos*. Pero si ya este concepto supone el blanqueamiento de una medida que equivale a gastar dinero público para sanear pérdidas de la especulación inmobiliaria, la

LAS PERLAS DEL CAMUFLAJE VERBAL

«Vamos a modificar la imposición al consumo»

«Vamos a subir el IVA»

«Vamos a hacer una amnistía fiscal»

«Violencia machista»

«Vamos a hacer reformas»

«Vamos a hacer recortes»

«Vamos a incentivar la tributación de rentas no declaradas»

«Violencia en el ámbito familiar»



Luis de Guindos, ministro de Economía



Cristóbal Montoro, ministro de Hacienda



Ana Mato, ministra de Sanidad



Mariano Rajoy, presidente del Gobierno

o que quieren decir)

forma como el Ministerio de Hacienda se refiere a esta solución es una vuelta de tuerca más en la estrategia de comunicar sin decir lo que no se quiere pronunciar: ya no se habla de *bancos malos*, sino de *vehículos de liquidación a largo plazo*.

El riesgo de alejar a la gente

Este lenguaje debe entrañar ventajas, habida cuenta del predicamento que su uso tiene entre los actores de la vida pública. ¿Pero realmente logra su objetivo? «A corto plazo, al político le permite ganar tiempo, porque así puede lanzar una idea sin definirla del todo y aguardar las reacciones. Además, le previene contra su mayor miedo, que es meter la pata», analiza Antoni Gutiérrez-Rubí, experto en comunicación política, quien advierte del riesgo que entraña el abuso de esta solución: «A la larga solo consigue que el ciudadano se aleje aún más de la política,

porque no entiende lo que oye».

En el mundillo de la comunicación política hay una expresión que ha prosperado en los últimos años: construir el relato. Hoy los gobernantes no se limitan a actuar; a la vez han de armar una narración coherente de su gestión. Y en ese tránsito es frecuente que se deslicen expresiones que juegan con la capacidad de entendimiento del ciudadano.

«El problema es que el mandatario no solo habla para la gente de la calle, también lo hace para los mercados y los gobiernos de los otros países, y esto obliga a cuidar al máximo el lenguaje y a no crear alarmas, sino transmitir confianza», explica Luis Guillermo Tapia, asesor del Ministerio de Vivienda en la primera legislatura de Zapatero. En aquellos meses oímos al presidente hablar de «desaceleración económica» en vez de «crisis», y a los cargos de Vivienda de «aterriaje suave» en vez de «pinchazo de la burbuja inmobiliaria». Llovie-

El eufemismo

previene al político contra su mayor miedo: meter la pata, afirma el experto Gutiérrez-Rubí

«Detrás de esta costumbre está la obsesión por lo políticamente correcto», dice un lingüista

ron las críticas, pero este experto defiende las bondades de aquellas decisiones. «Usar un lenguaje más crudo y negativo habría colaborado a lanzar al país en barrena», opina.

Es más suave hablar de «soberanismo» que de «independentismo», igual que en ciertos ambientes queda mejor invocar a los «emprendedores» que a los «empresarios» y la separación de la infanta Elena quedó reducida a un «cese temporal de convivencia». «Los eufemismos responden a la pretensión de cambiar la realidad por medio de la palabra, de la que hacen bandera organizaciones que han sucumbido a los encantos de la corrección política», denuncia el periodista Joan Busquet, autor del *Libro de Estilo* de EL PERIÓDICO y atento vigilante del lenguaje que aparece en los medios. Recientemente, Busquet recopiló los eufemismos que aparecen en las páginas de este diario al hacerse eco de la vida pública y reunió más de 90 «ex-

travagancias léxicas» –así las define él–, algunas tan particulares como los «módulos horizontales de tipología especial» en los que para algunos técnicos municipales han quedado transformadas las chabolas.

«Detrás de esta costumbre está la obsesión por lo políticamente correcto que ha calado en la sociedad», coincide Alberto Gómez Font, coordinador general de la Fundación del Español Urgente (Fundéu), organismo que promueve el buen uso del lenguaje en los medios de comunicación. En los 30 años que lleva en esta entidad dice haber visto proliferar los eufemismos, pero cree que hoy, igual que hace tres décadas, el límite está entre respetar la verdad y saltar a la mentira. «Una cosa –advierte– es llamarle *pompis* al culo porque suena menos grosero, y otra emular a los nazis, que se curaron contra el espanto de los campos de exterminio llamándolos *solución final del problema judío*». ≡

